

diferentes concepciones espiritualistas que se han sucedido en el campo de la Filosofía. Si nos remontamos al siglo xvii, vemos á los dominicos y jesuitas defender y completar el espiritualismo de la Filosofía escolástica, tarea en que son ayudados más adelante por el médico Barberino de Angelis en su *Aristoteles redivivus*. Por la misma época y en el mismo siglo, Fardella adoptaba y propagaba el espiritualismo cartesiano, más ó menos modificado con las ideas de Mallebranche, al propio tiempo que los benedictinos Tedeschi y Nava enseñaban y desenvolvían la doctrina filosófica de San Anselmo. Finalmente: al espiritualismo escolástico, al cartesiano y al de San Anselmo, sucede el espiritualismo leibniziano, que tuvo muchos representantes y propagandistas durante el siglo pasado en Sicilia, distinguiéndose, entre todos, los monjes benedictinos de Palermo.

Aún en nuestros días dura y persevera esta tradición espiritualista y cristiana de la Filosofía en Sicilia. Basta citar, como prueba, la muy reciente obra de Mangeri, que lleva por título *Il positivismo e il razionalismo ossia missione della scienza in questo ultimo decennio 1870-80*, obra en la cual su autor, después de exponer y refutar las teorías racionalistas y positivistas, representadas principalmente por Hegel y Comte, adopta y defiende el espiritualismo cristiano, haciendo á la vez merecidos elogios de la Filosofía de Santo Tomás. Mangeri es profesor de Filosofía racional en la universidad de Catana.

§ 82.

LA RESTAURACIÓN ESCOLÁSTICO-TOMISTA.

El nombre de Cayetano *Sanseverino* es el primero que ocurre á la mente al hablar de la restauración de la Filosofía de Santo Tomás en la Italia moderna. Y por cierto que el nombre del canónigo de Nápoles merece esta preferencia por más de un título, porque más que nadie ha contribuído al movimiento filosófico-tomista llevado á cabo en Italia, ya por medio de publicaciones periódicas, como la excelente revista *La ciencia y la fe*, ya por medio de su *Philosophia christiana cum antiqua et nova comparata*.

Esta obra, que desgraciadamente ha quedado incompleta por la muerte de su autor, es uno de los más grandes monumentos de la Filosofía cristiana en nuestro siglo. Verdad es que su estilo se resiente de cierta dureza, es algún tanto obscuro y no muy acomodado á los tiempos actuales, en que la lengua latina se cultiva poco. Cierto es también que su criterio es demasiado escolástico, por decirlo así, y no ofrece el sentido amplio que sería de desear sobre ciertas materias. Pero, aparte de estos defectos ligeros, la *Filosofía cristiana* de Sanseverino es obra verdaderamente grande, sólida y concienzuda, en toda la extensión de la palabra; porque allí se ve á su autor plantear los problemas filosóficos en todas sus fases y relaciones, y después de discutirlos con gran solidez y copia de datos, resolverlos en el sentido de la Filosofía cristiana, ó, si se quiere, en el sentido de la Filosofía de Santo

Tomás, que le sirve de norte hasta en las cuestiones secundarias y de menor importancia.

Si la obra de Sanseverino llena cumplidamente la primera parte de su título (*Philosophia christiana*), dando solución á los problemas filosóficos con la doctrina de Santo Tomás, llena también, y muy cumplidamente, la segunda parte (*cum antiqua et nova comparata*) del mismo, por medio de una erudición vastísima, de que habrá pocos ejemplares en la historia de las ciencias filosóficas. Opiniones, teorías y sentencias de muchos antiguos filósofos gentiles, de gran parte de Padres y doctores de la Iglesia durante los primeros siglos del Cristianismo, de no pocos árabes y judíos, de todos los escolásticos de alguna nota, y, finalmente, de muchísimos, por no decir casi todos los filósofos modernos, á contar desde Bacon y Descartes, ó, mejor dicho, desde el Renacimiento hasta mediados de nuestro siglo, allí se encuentran mencionadas, expuestas, discutidas, refutadas ó defendidas con gran copia de doctrina y de citas, que revelan una lectura inmensa y apenas concebible para la vida de un hombre.

El impulso dado á la Filosofía cristiana y á su dirección en el sentido de la doctrina de Santo Tomás, impulso fomentado y promovido eficazmente por la *Scienza e la Fede*, por la *Civiltà Cattolica* y por otras publicaciones periódicas, fué y es fecundo en resultados, siendo de notar, entre estos, las asociaciones formadas para restaurar y propagar la doctrina de Santo Tomás, no sólo en el terreno propiamente filosófico, si que también en el terreno de la medicina y de las ciencias naturales. En este orden de ideas es muy digna de aplauso, y no menos útil á la causa de la Filo-

sófia cristiana, la *Academia filosófico-médica de Santo Tomás de Aquino* establecida en Roma, fundada por el médico Travaglini y dirigida por Cornoldi.

Resultado son también, á la vez que expresión de este movimiento filosófico, los tratados elementales publicados por *Signorello* y por *Battaglinius*, la *Filosofía especulativa* debida á *Prisco*, las instituciones y demás obras filosóficas del jesuíta *Liberatore*; el excelente tratado sobre *La luz intelectual y el ontologismo* en relación con la doctrina de San Agustín, San Buenaventura y Santo Tomás, del dominico *Zigliara*, el cual publicó después una *Summa philosophica* justamente apreciada; los escritos político-sociales del jesuíta *Taparelli* y los elementos de Filosofía de su correligionario *Tongiorgi*, si bien éstos se hallan informados por un criterio que no expresa la doctrina de Santo Tomás con tanta fidelidad como las obras anteriormente citadas. Aunque en sentido indirecto, contribuyó también á extender y fomentar este movimiento el dominico P. *Gatti* por medio de sus *Institutiones apologetico-polemicae de veritate ac divinitate religionis et ecclesiae christianae*, inspiradas é informadas por la doctrina filosófica del Doctor Angélico.

La restauración de la Filosofía de Santo Tomás que nos ocupa, no es una restauración estrecha, exclusiva, *cerrada*, por decirlo así, á toda idea de progreso; antes por el contrario, al lado de los problemas fundamentales, siempre antiguos y siempre nuevos, de toda Filosofía, se la ve plantear, discutir y resolver los problemas nuevos que el movimiento de la historia ha traído al campo de la Filosofía. Y por cierto que á esta restauración de la Filosofía de Santo Tomás, reali-

zada en sentido amplio y progresivo, le corresponde la denominación de *Filosofía nacional*, con mayor justicia que al espiritualismo racionalista y pálido que Mamiani quiere decorar con el título de Filosofía nacional de Italia. Aun prescindiendo del aspecto católico de la cuestión, y limitando ésta al terreno de la Filosofía, difícilmente encontrará la Italia un nombre más ilustre, una Filosofía que refleje con más energía y profundidad el genio de la Italia, una gloria más pura que la Filosofía y la gloria de Santo Tomás.

Tratándose de Filosofía católica, sería injusto pasar en silencio el nombre de Augusto *Conti*, cuya Filosofía, sin ser puramente tomista como la de Sanseverino y Liberatore, es Filosofía perfectamente cristiana. San Agustín y Santo Tomás son sus principales maestros é inspiradores en el orden metafísico, según se echa de ver en su *Evidencia, amor y fe, ó Criterios de la Filosofía*, no menos que en sus *Lecciones sobre la historia de la Filosofía*.

Este movimiento de restauración escolástico-tomista recibió grande impulso en los últimos años, ó sea después de la publicación de la Encíclica *Aeterni Patris*, monumento insigne de la sabiduría y previsión de León XIII, á quien parece haber concedido Dios la gracia especial de conocer las grandes necesidades y peligros de nuestra época, y de señalar su oportuno remedio. Desgraciadamente, ni los individuos ni los poderes públicos han escuchado su voz en la forma y condiciones que fuera de desear, y los hombres y los pueblos marchan á precipitarse en el abismo y marchan con espantable ceguedad por no escuchar y seguir la voz del Vicario de Jesucristo.

§ 83.

LA FILOSOFÍA CRISTIANA EN FRANCIA.—BONALD.

Las *Conferencias* de Frayssinous, que habían trasladado á un terreno relativamente filosófico la restauración católica iniciada en Francia por el autor de *El Genio del Cristianismo*, fueron seguidas y sobrepujadas pronto por los trabajos y publicaciones del vizconde de *Bonald* (1754-1840), el cual en sus numerosas obras, y principalmente en su *Ensayo analítico sobre las leyes naturales del orden social*, en su *Legislación primitiva*, y, por último, en la que escribió con el título de *Investigaciones filosóficas sobre los primeros objetos de los conocimientos morales*, presenta un conjunto sistemático de ideas filosóficas bastante originales y dignas de estudio.

En su Discurso sobre la desigualdad de las condiciones sociales, Rousseau había escrito, con motivo del problema que se refiere al origen y naturaleza del lenguaje: «Por lo que á mí hace, dejo la discusión de este problema difícil á quien quiera acometer esta empresa». *Quant à moi.... je laisse à qui voudra l'entreprendre la discussion de ce difficile problème.*

Bonald, sin arredrarse por las dificultades ante las que el autor del *Emilio* había retrocedido con espanto (*effrayé des difficultés qui se multiplient*), discute y resuelve el difícil problema, y, lo que es más, convierte la solución del gran problema en punto central de su sistema filosófico, que puede resumirse en los siguientes términos:

«La necesidad primera de la Filosofía, escribe Bonald, es encontrar una base cierta de los conocimientos humanos; una verdad primera, de la cual puedan deducirse legítimamente las demás verdades; un punto fijo que sirva de primer anillo en la cadena de la ciencia; un *criterium* primitivo para distinguir la verdad del error.»

Esta base cierta de la Filosofía, esta verdad primera para la ciencia, es el origen divino del lenguaje humano. La razón y la experiencia indican y revelan que el hombre piensa su palabra antes de expresar ó hablar su pensamiento (*pense sa parole avant de parler sa pensée*), y, por consiguiente, la palabra, considerada en su origen primitivo, no puede ser invención del hombre, puesto que es, si no anterior y causa, al menos contemporánea y paralela al pensamiento. Luego la palabra debe su origen y su ser á una operación especial de Dios sobre el hombre, á una revelación divina, exterior, concreta y positiva. Y como quiera que la palabra es, por su misma naturaleza, expresión de ideas y verdades determinadas, síguese de aquí que el hombre recibió de Dios, por medio del lenguaje, ciertas ideas y verdades; que la palabra es la que originariamente ilumina al espíritu, la que produce la idea, la que sirve de base al conocimiento humano. Luego la verdad, considerada en sus formas universales y primitivas, y principalmente las verdades que se refieren al orden moral y religioso, la existencia de Dios, la vida futura, la espiritualidad del alma, la religión ó culto de Dios, la ley moral, etc., son verdades anteriores é independientes de la razón individual; son verdades que el hombre recibe (tradicionalismo) de la

sociedad por medio de la palabra; son verdades que se conservan, transmiten y comunican en la palabra y con la palabra; son verdades *inmanentes* y como encarnadas en el lenguaje; si es lícito hablar así.

Tal es la tesis capital que informa la Filosofía toda del autor de la *Legislación primitiva*, Filosofía esencialmente tradicionalista, en la cual la tradición de las verdades fundamentales, verificada por medio del lenguaje, constituye la base cierta y el punto de partida de los conocimientos humanos, el principio de la ciencia, el *criterium* para distinguir la verdad y el error. Según acontece generalmente á los que defienden tesis extremas, Bonald vacila con frecuencia, y su pensamiento aparece rodeado de incoherencias y obscuridad. Unas veces antepone á la palabra el pensamiento y la idea, al paso que otras parece considerar á la primera como anterior y causa eficiente del pensamiento. No es menos confuso y dudoso su concepto acerca de la naturaleza de la revelación divina que dió origen al lenguaje, pues en ocasiones parece identificarla con la teológica y sobrenatural, mientras que en otros pasajes parece distinguirla y separarla de ésta, considerándola como una especie de revelación filosófica y natural *sui generis*.

El orden teológico descansa sobre tres ideas fundamentales, que son: *Dios*, como principio general; *Jesucristo*, como *mediador*; el *hombre*, como término de esta mediación y de la acción divina. La Teología es el conocimiento y explicación de estos tres seres y de sus relaciones en el orden religioso y moral.

Trasladando esta trilogía á los demás órdenes del

ser y del conocer, Bonald explica la constitución y la esencia,

a) Del orden cosmológico por medio de tres elementos, que son *causa*, *medio* ó instrumento, y *efecto*;

b) En el orden político-social, los elementos esenciales son el *poder* ó potestad soberana, los *ministros* ó empleados, y los *súbditos*;

c) La familia consta también y se explica por tres elementos sociales, que son el *padre*, la *madre* y el *hijo*.

Hombre de espíritu penetrante y de talento profundo, Bonald poseía escasa erudición científica y filosófica, especialmente en lo que se refiere á los Padres de la Iglesia y escritores escolásticos, lo cual esterilizó en parte la energía de su espíritu, y fué causa probablemente de que adoptara la tesis tradicionalista que deprime y rebaja más de lo justo las fuerzas de la razón humana.

§ 84.

LAMENNAIS.

La teoría de *Lamennais* (1782-1854) acerca del origen y criterio de la certeza puede considerarse y es realmente una fase ó evolución parcial del tradicionalismo iniciado por Bonald. Sabido es, en efecto, que para el autor del *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión*, el único criterio de certeza con respecto á ciertas verdades morales y religiosas, y determinadamente con respecto á la existencia de Dios, es

el sentido común, como expresión espontánea de la razón general de la humanidad; y no hay para qué advertir la afinidad íntima, la identidad real que existe entre esta tesis y la de Bonald, cuando considera esas mismas verdades como contenidas en la razón general de la sociedad que las transmite al individuo con el lenguaje y por razón del lenguaje.

Es preciso reconocer, sin embargo, que Lamennais va más lejos que Bonald al desenvolver y aplicar esta tesis, puesto que niega á la razón individual la posibilidad de conocer con certeza cosa alguna. El hombre, nos dice Lamennais, considerado individualmente y sin relación con sus semejantes, no puede estar cierto con certeza racional de cosa alguna (*ne peut être rationnellement certain d'aucune chose*); de manera que la Filosofía ó la razón por sí sola es impotente para suministrar al hombre ningún principio de certeza, ningún criterio seguro para discernir entre el error y la verdad. Toda certeza legítima radica en la fe ó autoridad del consentimiento común, como expresión de la razón general, y en la misma debe colocarse la base de nuestros conocimientos y hasta el principio de nuestra razón: *Elle est donc la base de nos connaissances et le principe de notre raison*.

Bien se echa de ver que esta doctrina de Lamennais, aunque tradicionalista en su principio y en su fondo, gravita con todo su peso hacia el escepticismo. Porque la tesis escéptica es casi inevitable desde el momento que se afirma la impotencia de la razón individual para llegar á la certeza en ningún género de verdad.

Si estas ideas escéptico-traditionalistas del escritor

francés son erróneas y poco ortodoxas, las que adoptó y expuso en su segunda evolución filosófica son absolutamente heterodoxas. Porque conviene recordar aquí que el pensamiento filosófico de Lamennais ofrece dos aspectos diferentes, ó, digamos, dos evoluciones. En la primera de éstas, expone y defiende la tesis tradicionalista, según acabamos de ver, sin perjuicio de aproximarse no poco al escepticismo. La segunda evolución responde á su ruptura definitiva y pública con la Iglesia católica, y tiene su expresión genuína en la obra que con el título de *Bosquejo de una Filosofía* publicó en los últimos años de su vida, y cuyo contenido queda ya analizado al exponer la historia de la Filosofía racionalista en Francia.

La caída lastimosa del autor de *La indiferencia en materia de religión*, es una prueba más de que el error filosófico, siquiera sea inocente á primera vista, y siquiera haya sido excogitado con el designio de favorecer y defender á la Iglesia, puede arrastrar y arrastra efectivamente al abismo, cuando predomina la soberbia y el orgullo del saber. Por fortuna, no todos los partidarios del tradicionalismo en Francia siguieron el pernicioso ejemplo de Lamennais, según veremos en el párrafo siguiente.

§ 85.

BAUTAIN.

Es el abate *Bautain* (Luís Eugenio María, 1796-1867) uno de los sacerdotes y filósofos más notables que florecieron en Francia en nuestro siglo. Durante los

primeros años de su juventud asistió á la cátedra de Víctor Cousin, siendo compañero y condiscípulo de Jouffroy y Damiron. Nombrado poco después, ó sea en 1816, profesor de Filosofía en el colegio de Estrasburgo, no tardó en abandonar las ideas y opiniones que había recibido en la cátedra del jefe del eclecticismo, entrando de lleno en la corriente de la Filosofía cristiana bajo las inspiraciones y gracias á la lectura de las obras de De Maistre, Bonald y Lamennais. Ordenado de sacerdote en 1828, ejerció grande influencia sobre sus discípulos y amigos, influencia justificada por su celo cristiano, no menos que por sus vastos y profundos conocimientos.

Expresión y fruto de éstos son las diferentes obras que vieron la luz pública, y principalmente su *Filosofía del Cristianismo*, su *Psicología experimental*, su *Filosofía moral*, la rotulada *El espíritu humano y sus facultades*, así como sus conferencias en Nuestra Señora de París, publicadas con el título de *La Religión y la Libertad*, sin contar otras de menor importancia.

En las dos primeras obras citadas, y principalmente en la *Psicología experimental*, Bautain entra de lleno en el sistema tradicionalista, desenvolviendo y exagerando sus tendencias y su doctrina. El profesor de Estrasburgo, siguiendo, y tal vez desnaturalizando las ideas de Bonald, no sólo atribuye á la palabra un origen divino; no sólo enseña que la palabra es la manifestación más pura de lo divino por lo humano, de lo absoluto por lo relativo, sino que añade que, sin esta palabra revelada, la inteligencia sería en el hombre y para el hombre completamente inútil é inactiva, deduciendo de aquí que, en último término, no hay para el

hombre más verdad que la que se le comunica por medio de esta palabra divina y revelada, y que la Filosofía, en su fondo y en su esencia, no es más que la palabra cristiana explicada científicamente (*n'est que la parole chrétienne scientifiquement expliquée*); de manera que Filosofía y palabra revelada ó cristiana vienen á ser una misma cosa en substancia.

De conformidad con esta doctrina, el antiguo profesor de Estrasburgo supone que la razón humana, abandonada á sus propias y nativas fuerzas, es impotente para conocer ni demostrar las verdades fundamentales y esenciales del orden metafísico, moral y religioso, sin excluir la existencia y atributos de Dios, el destino final del hombre, la inmortalidad del alma, etc., cosa muy natural y lógica en un filósofo que supone que á la palabra divina ó Sagrada Escritura debe el hombre, no ya sólo las verdades especiales y de un orden superior, sino hasta los principios y verdades fundamentales de la ciencia: *La parole sacrée doit fournir au vrai philosophe les principes, les vérités fondamentales de la sagesse et de la science.*

Estas ideas erróneas, junto con otras no menos inexactas, peligrosas y extrañas acerca de la naturaleza y relaciones entre la parte psíquica y la parte material en el hombre, ideas que son reflejo parcial y entrañan reminiscencias teosóficas y gnósticas, fueron causa de que el Obispo de Estrasburgo censurara la enseñanza de Bautain, censura que fué aprobada y confirmada en Roma, adonde éste acudió; pero el profesor de Estrasburgo, lejos de rebelarse contra la autoridad de la Iglesia, como hiciera Lamennais, obró como verdadero filósofo cristiano, y en el prefacio de su *Filosofía*

Moral hizo retractación explícita de sus errores, manteniéndose después constantemente en el terreno de la ortodoxia católica.

En sus ya citadas conferencias, predicadas en París á principios del 48, é interrumpidas por la revolución de Febrero del mismo año, Bautain expone y desenvuelve, en sentido tan filosófico como cristiano, las relaciones entre la religión católica y la libertad.

Según el profesor de Estrasburgo, el poder público ó civil, considerado en sí mismo y objetivamente, procede necesariamente de Dios, lo mismo que todo poder ó fuerza natural con sus propiedades y atributos; pero esto no impide que, considerado subjetivamente ó por parte del que le ejerce, proceda inmediatamente del hombre, por medio de un pacto explícito ó implícito, cuya condición más fundamental y esencial es la condición de procurar el interés común ó el bien público. En otros términos, añade Bautain: la soberanía en sí misma es de derecho natural, y, por consiguiente, divina, como todo lo que es de derecho natural (*La souveraineté en soi est de droit naturel, par conséquent divine, comme tout ce qui est de droit naturel*), el cual no es otra cosa que el derecho divino no escrito, en oposición al derecho revelado ó sobrenatural, comunicado oralmente ó por escrito. Empero esto no quita que el ejercicio de esta soberanía, ó, en otros términos, el gobierno y su forma, sean de derecho convencional y relativamente libres (1) por parte de los miembros de la

(1) Excusado parece advertir que el derecho convencional y el pacto á que alude Bautain, nada tienen de común con el pacto social de Rousseau. Así lo dice expresamente él mismo para evitar todo peligro de equivocación. «Cependant, en parlant de pacte, je ne prétends

sociedad civil, principalmente al tiempo de constituirse ésta.

Bautain, que al exponer su teoría político-social cita á Santo Tomás y Suárez, y procura inspirarse en su doctrina, no podía menos de rechazar el principio pagano y cesarista de la soberanía nacional, y así lo hace en términos tan enérgicos como precisos. «La soberanía, escribe, que es en la sociedad lo que Dios es en el universo, es decir, el principio del orden y de la justicia, recibe sus poderes de aquel á quien representa, y no de aquellos á quienes gobierna, los cuales no pueden darle derechos que ellos no tienen. En principio y objetivamente, la soberanía viene de Dios solamente; obra en su nombre, y precisamente por esta razón tiene el derecho de imponer la ley, de obligar en conciencia, de impedir y reparar las injusticias, y de castigar hasta con la muerte.»

§ 86.

CONTINUACIÓN DEL MOVIMIENTO TRADICIONALISTA
EN FRANCIA.—EL P. VENTURA RAULICA.

El prestigio inherente al nombre y escritos de Bonald y de De Maistre, iniciadores del movimiento tradicionalista, atrajeron y agruparon en torno de esta es-

pas qu'il doive intervenir dans la constitution de la société une convention formelle, un contrat social, comme dit J. J. Rousseau; je dis seulement que la chose est comprise implicitement dans toute organisation civile, si elle n'est pas expressement formulée. » *La Religion et la Liberté*, pág. 364.

cuela no pocos profesores y discípulos, que contribuían, quién más, quién menos, á engrosar las corrientes filosóficas de esta escuela, y también á exagerar su sentido. Pero la caída estruendosa de Lamennais y la censura de Bautain hizo que algunos abandonaran las ideas y pretensiones tradicionalistas, y que otros muchos templaran el ardor de su celo, modificando aquellas ideas y tendencias ó pretensiones en sentido moderado y más conforme con el dogma católico.

Entre los partidarios y representantes de este tradicionalismo moderado, merecen especial mención *Bonnetty* y algunos otros redactores de los *Annales de Philosophie Chrétienne*; porque es sabido que en esta revista predominó por bastantes años el criterio tradicionalista en las cuestiones filosóficas, pero en sentido moderado y sensato, y dentro de la esfera católica.

No fué ciertamente menor la influencia ejercida por el P. Ventura en la propaganda y consolidación del movimiento tradicionalista en Francia, razón por la cual colocamos aquí su nombre. Porque el P. Ventura, que pertenece á la Sicilia por su nacimiento, y que como orador, como tribuno, y si se quiere, como hombre político, pertenece á la Italia, pertenece á la Francia como filósofo, no ya sólo porque allí residió durante los últimos años de su agitada vida, sino principalmente porque allí escribió sus obras filosóficas más importantes, y allí ejerció notable influencia sobre la juventud y los hombres de letras.

En el P. Ventura, considerado como filósofo, puede decirse que hay dos hombres diferentes. Hay el hombre de la filosofía escolástico-tomista, el discípulo entusiasta de Santo Tomás, el defensor acérrimo de su